Encuentros, mediadores y redes franco-cubanas: el Salón de Mayo de La Habana (1967) y el Congreso Cultural (1968)

Rafael Pedemonte

A pesar de la estrecha alianza con la Unión Soviética (URSS) y los países del bloque del Este que se forjó a partir de 1960, la Revolución cubana mantuvo la esperanza de reforzar un vínculo regular y benéfico con los países de Europa occidental, y con Francia en particular. Si bien Moscú siguió respaldando con petróleo, préstamos, becas y otros generosos subsidios a su nuevo aliado caribeño, la crisis de los misiles en 1962 abrió una tensa y compleja etapa de las relaciones cubano-soviéticas, marcadas por una mezcla de colaboración y reticencias, de veleidades autonómicas y fatal dependencia. Los debates sobre las vías revolucionarias para alcanzar el poder –azuzadas por la ruptura chino-soviética y el surgimiento de guerrillas en América Latina– introdujeron una divergencia significativa entre una Cuba partidaria de la lucha armada y una superpotencia más prudente que prefería alentar la participación electoral de los partidos comunistas en el marco de su doctrina de "coexistencia pacífica" (Brown 2017; Lagonotte 2007).

En efecto, entre 1962 y 1968, Fidel Castro y otros dirigentes revolucionarios como Ernesto Guevara, profirieron, con fluctuante constancia, críticas más o menos abiertas a las autoridades de los países socialistas, en un juego delicado mediante el cual los dirigentes cubanos testeaban los límites de la tolerancia soviética. Las discrepancias ideológicas y las desconfianzas que suscitaba la política exterior de la URSS impulsaron a La Habana a forjar redes diplomáticas y políticas alternativas –aunque sin poner en entredicho su alianza con el Kremlin– tanto con el "tercer mundo" –un tema que ha generado indudable interés académico: Gleijeses (2002); Parrott y Atwood Lawrence (2022)– como con Europa occidental, fenómeno marginalizado en la historiografía cubanista con pocas excepciones (Hennessy y Lambie 1993).

En cuanto a las relaciones cubano-francesas, si bien el apoyo castrista al Frente de Liberación Nacional argelino (FLN) durante la guerra con la potencia colonizadora engrió las relaciones entre La Habana y París, la

https://doi.org/10.31819/9783693560587_005

independencia de Argelia en 1962 abrió una nueva era, marcada por una mirada renovada hacia la administración de Charles de Gaulle. A partir de 1963, los diplomáticos franceses asentados en Cuba comienzan a anunciar en sus informes que sus anfitriones han iniciado una auténtica "ofensiva" dirigida al gobierno galo, lo que se traduce por un flujo creciente de loas hacia la política exterior independiente del general francés y por la negociación de los primeros acuerdos comerciales. Ya para el año 1965, el embajador Pierre Négrier, quien acababa de recibir la visita de Fidel Castro, notaba que este último se había extendido "en elogios hacia la política francesa actual, que ha devuelto a nuestro país su plena independencia y su prestigio", expresando "una admiración sin reservas por el General de Gaulle, cuya personalidad domina la política europea y a quien [Castro] desearía mucho conocer".[1] Estas expresiones favorables serían confirmadas con la visita del jefe de Estado francés a la URSS en 1966, un gesto percibido como una osada bravata a la hegemonía estadounidense y una confirmación innegable de la necesidad de fortalecer los vínculos con un país que parecía estar debilitando la hegemonía estadounidense en el campo occidental.[2]

En este contexto, la presencia francesa en Cuba tendió a acrecentarse, y se destacaron las visitas en terreno de una oleada creciente de intelectuales y artistas que aterrizaron en La Habana para observar la evolución del proyecto castrista. Los viajes de estos nuevos "compañeros de ruta" constituyen a la vez una expresión inequívoca del buen estado de las relaciones cubano-francesas y el resultado de un esfuerzo oficial destinado a incrementar el caudal de intercambios. En efecto, las autoridades caribeñas estaban conscientes de la influencia significativa que históricamente han tenido los intelectuales franceses, siempre proclives a intervenir activamente en los debates públicos, en la conformación de la opinión pública occidental (Winock 2014). Los ejemplos que escritores de la talla de Simone

1 Pierre Négrier al Ministro de Relaciones Exteriores de Francia, La Habana, 19 de enero de 1965, Centre d'Archives du Ministère des Affaires Étrangères, La Courneuve (CAMAE), Fondo Cuba 1964-1970, n.° 37/AM.

2 Carlos Olivares a Raúl Roa, Moscú, 5 de julio de 1966, Archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba (MINREX), Fondo MINREX, serie Rusia, cajuela 1964-1967. En efecto, Charles de Gaulle hizo una serie de gestos que fueron interpretados como un evidente alejamiento de la Casa Blanca: retiro de Francia del mando integrado de la OTAN; críticas a la guerra de Vietnam; acercamiento a la URSS y China; ataques a la posición del dólar en la economía mundial; creación de una fuerza de disuasión nuclear independiente.

de Beauvoir, André Breton, Albert Camus, André Malraux y Jean-Paul Sartre lo demuestran con elocuencia. Como lo veremos más adelante, la Revolución cubana se esmeró desde el alba de su triunfo –pero con mayor intensidad en los años 1967-1968– por atraer los favores de la *intelligentsia* gala.

Al enfocarnos en dos grandes encuentros internacionales organizados por La Habana en este periodo, que contaron con una amplia delegación francesa (el Salón de Mayo de 1967 y el Congreso Cultural de La Habana de 1968), pretendemos ilustrar, por una parte, la relevancia atribuida por Cuba a sus vínculos con Francia durante los años sesenta, en un momento en que la autoridad castrista prefería evitar una dependencia exclusiva de los países del Este. Por otra parte, al delinear los itinerarios políticos con relación a la Revolución cubana de una serie de intelectuales, escritores y artistas radicados en Francia, las líneas que siguen buscan igualmente subrayar el rol de estos influyentes mediadores en los intercambios políticos y culturales. Michel Espagne, quien ha consagrado gran parte de su carrera de historiador al estudio de la noción de "transferencia cultural", apunta al papel de los mediadores o *passeurs* entre dos o más realidades geográficas o culturales en la conformación de ideas y representaciones, necesariamente parciales, relativas a un contexto ajeno, a una otredad (Espagne 1999; Ehrhardt 2017; Compagnon 2009). Así, estudiaremos el influjo de una serie de figuras para ilustrar, con casos concretos, cómo estos individuos contribuyeron decisivamente al robustecimiento de las relaciones culturales y a la transferencia de imágenes de un área a otra. Personalidades como el etnólogo Michel Leiris, el pintor Wifredo Lam, el periodista Carlos Franqui, el poeta Alain Jouffroy o el matemático Didier Dacunha-Castelle actuaron como vectores esenciales de la difusión en Francia de una cierta idea de la Revolución cubana. Veremos que, con el visto bueno de las autoridades de la isla, los intermediarios cubanos con el espacio francófono europeo se mostraron plenamente conscientes de los beneficios potenciales que podían extraer de la labor mediadora de sus homólogos galos y buscaron, con éxito relativo, reforzar los vínculos.

Con un enfoque en estos dos encuentros internacionales, este trabajo ausculta el papel y los itinerarios de una serie de "tejedores de ilusiones",[3]

3 El rol de los intelectuales en la transmisión de una imagen estimulante de la Revolución cubana en Occidente ha sido trabajado por algunos autores (Rojas 2015; Nuez 2006; Hollander 1990). A pesar de su importancia, el caso francés ha sido sin el uso de

mediadores que, gracias a una sociabilidad ampliada con la realidad cubana, se esmeraron por transmitir una visión específica y no exenta de ingenuidad del proyecto revolucionario cubano. Para ello, hemos consultado una sólida selección de archivos privados legados a distintas instituciones por los herederos de quienes hemos considerado como mediadores claves de las relaciones franco-cubanas: los mencionados Michel Leiris, Wifredo Lam, Didier Dacunha-Castelle, Alain Jouffroy, pero también Dionys Mascolo, Gisèle Halimi, André Gorz, Daniel Guérin, Jean Pronteau, entre otros. Para completar esta información, hemos examinado igualmente los informes diplomáticos emanados de la Embajada de Francia en La Habana, así como los del Ministerio de Relaciones Internacionales en Cuba (MINREX). Por último, tuvimos el privilegio de entrevistar a algunos de los escasos sobrevivientes de esta época, quienes, desde la distancia temporal y a veces desde la desilusión política, tuvieron la generosidad de evaluar con nosotros su relevante contribución mediadora.

El Salón de Mayo de 1967: la esperanza del socialismo con libertad

El interés de los revolucionarios cubanos por entablar relaciones y atraer la fidelidad militante de los artistas franceses surge desde los primeros meses de poder castrista. Ya en 1959, el célebre actor Gérard Philipe junto con su esposa, la escritora Anne Philipe, desembarcan en La Habana, seguidos rápidamente de un séquito de visitantes galos, tales como la abogada feminista Gisèle Halimi o el "escritor de la Resistencia", Vercors. El episodio que mejor refleja esta voluntad de acercamiento con la cultura progresista francesa es la visita de la pareja Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre en 1960, todo lo cual culmina con la publicación de una serie de artículos laudatorios, escritos por Sartre, en el periódico de mayor consumo interno en Francia, *France-Soir*, transmitiendo una visión idealizada que moldeará por años la representación dominante de la Revolución cubana.[4] El papel que Cuba atribuye a los intelectuales galos en la legitimación internacional del proyecto revolucionario se expresa con elocuencia en una carta del poeta y representante cultural de la Embajada de Cuba en París, Roberto Fernández Retamar. En ella también se refleja el pragmatismo de los di-

fuentes primarias (Hourmant 2000; Verdès-Leroux 1989), con una excepción notable (Catuhe 2021).

4 Sobre el impacto del relato sartriano, véase Hewitt (2007).

rigentes, deseosos de atraer a un conjunto políticamente heterogéneo de posibles visitantes. Al reflexionar sobre los mejores candidatos para tender puentes entre las realidades cubana y francesa, Fernández Retamar sugiere en su misiva a Alejo Carpentier:

> ¿De Francia? Sartre, desde luego […] y la Simone [de Beauvoir]; Jean Cassou; ¿Breton?; ¿Queneau?, ¿Leiris?; ¿Etiemble?, ¿Nadeau? […] Cassou *debe* ir, o debe ser invitado, porque es un figurón de lo hispánico. Últimamente su actitud política, en relación con lo de Algeria, ha sido muy buena, y eso me hace pensar que estaría con nosotros. Me mandó carta muy cordial. […] [André] Breton no sé. Es figurón, sí, y mandó carta buena a [Carlos] Franqui. Ahora, con los ataques por lo del comunismo y su anticomunismo profesional, no sé. De [Raymond] Queneau tú podrías decirme más que yo. Como de [Michel] Leiris, a quien no he visto. [René] Étiemble y [Maurice] Nadeau es casi seguro que sí aceptarían. Étiemble acaba de escribir, en la revista de Nadeau, una interesante nota sobre la Unión Soviética. Jean Wahl, también ha tenido actitudes nobles en lo de Algeria, y es de suponer que estará con nosotros. […] Figuras menores, en cierto sentido, que sí aceptarían, y que podrían considerarse: Pierre Gascar, el Premio Goncourt 1953; Alain Gheerbrant –que te conoce–; André P. de Madiargue [sic], muy respetado aquí por los jóvenes filosurrealistas. […] Todos son amigos, algunos muy buenos, y tengo con ellos trato frecuente e incluso íntimo. No se olvida la América colonizada: no sólo [Édouard] Glissant, sino Aimé Cesaire, de la Martinica. […] En general, no tengo que decirte que hay que balancear los criterios, como siempre. Si Aragon, papa del comunismo, cree que no debe ir por enemistad vieja con Sartre, buscarse otro papa de Avignon comunista. Si [François] Mauriac, católico, no va, otro católico, etc.[5]

A la luz de un documento como el anterior, resulta evidente que los autores franceses estaban en el radar de la Revolución cubana desde los albores del gobierno castrista. No obstante, con el fin de la guerra de Argelia en 1962 y el acelerado acercamiento con el poder gaullista, esta tendencia experimentará un importante impulso. Desde 1943, el Salón de Mayo se había consolidado como una prestigiosa asociación de escultores y pintores residentes en Francia, quienes se esmeraban por brindar un espacio privilegiado para la exhibición de obras de jóvenes artistas. Siguiendo las directrices del gobierno revolucionario, Carlos Franqui asumió con inusitado fervor la misión de trasladar la exposición del salón correspondiente a 1967 a La Habana. "Tú conoces bien Francia, ¿qué pudiéramos hacer allí para ganar

5 Roberto Fernández Retamar a Alejo Carpentier, París, 9 de agosto de 1960, Archivos de la Casa de las Américas (cursivas del original). Agradezco mucho a mi colega Jorge Fornet el haber compartido este documento conmigo.

simpatía? Tengo necesidad de que me vendan [las empresas francesas] muchas cosas […] ¿Se te ocurre algo Franqui?", le interroga una tarde Fidel Castro (Franqui 2006, 332-333). No es casualidad que el dirigente solicite a Franqui para esta misión. Castro sabía perfectamente que su amigo y periodista estaba familiarizado con el medio cultural francés. Fue el propio Franqui quien, en 1960, se acercó a Jean-Paul Sartre para proporcionarle la invitación que hizo posible su célebre periplo habanero (Ammar 2011, 11-13). Pero a pesar de su cercanía con el poder, el estatus de Franqui, hacia 1966, era ambivalente. Antiguo compañero de armas de Fidel Castro, había dirigido hasta 1963 el periódico *Revolución*, remplazado dos años más tarde por el diario oficial del Partido Comunista de Cuba (PCC), *Granma*. Desde entonces, Franqui se convirtió en un "electrón libre"; un promotor cultural que, sin perder los favores del gobierno, debía actuar como una suerte de "embajador fantasma" ante la intelectualidad occidental europea.

De manera visionaria, el gobierno cubano entiende que, para la buena organización del Salón de Mayo, convendría reactivar el "tándem" Carlos Franqui/Wifredo Lam, quienes habían entablado una colaboración y una sincera amistad desde los años cincuenta.[6] Es difícil imaginar un candidato más adecuado que Wifredo Lam, pintor radicado en París desde 1952, para respaldar a Franqui en esta tarea. El cubano conoce de cerca el medio cultural parisino desde su primera estancia en 1938, cuando, tras escapar de los horrores de la guerra civil española, se instala en la capital y establece vínculos con figuras como Pablo Picasso, Michel Leiris, André Breton y otros destacados artistas (Arnod 2022), muchos de los cuales viajarán a La Habana con el Salón de Mayo. El artista cubano, de 65 años, es un perfil ideal para asegurar el éxito de la versión habanera del salón. En efecto, su prolongada sociabilidad en el ámbito cultural europeo desde los años treinta (Lam vive a caballo entre Francia e Italia y mantiene una estrecha relación con artistas escandinavos) le permite activar redes vigentes –o reactivar las preexistentes– para garantizar la presencia en Cuba de destacados talentos de la pintura contemporánea, consolidándolo como un mediador cultural excepcional entre su tierra natal y los países en los que ha residido.

6 En sus memorias, Carlos Franqui asegura que fue uno de los organizadores de la primera exposición de dibujos del pintor cubano en La Habana en 1950 y que publicó algunos artículos en la prensa sobre la obra de Lam (Franqui 2006, 356). Testimonio de la amistad entre Lam y Franqui, este último entrevista al pintor en 1954 para un periódico cubano (*Carteles* 1954, 93-98).

"Viva nuestra revolución socialista", así empieza la primera de una larga lista de misivas que Lam intercambiará con Franqui para garantizar el éxito del traslado del salón de 1967. En esta primera comunicación, de mayo de 1966, el pintor da cuenta de su participación en el Salón de Mayo del año anterior, donde fue exhibida su obra "El tercer mundo", y expone sus gestiones ante sus responsables, tales como de Gastón Diehl, quien, en su calidad de fundador del Salón de Mayo, había manifestado su asentimiento informal al proyecto cubano. Más allá de los aspectos culturales, Wifredo Lam, férreo defensor del proyecto castrista, apunta también a una estrategia política, en la medida en que esta exposición, "por su resonancia universal […], representaría un triunfo de la revolución cubana". El remitente tampoco olvida la importancia de estimular un "acercamiento a la Francia [de Charles de Gaulle] en un momento donde su política exterior es bastante simpática". "Con esta manifestación artística" –intuía Lam– "ganaremos la simpatía de muchos artistas e intelectuales que se interesan por la Revolución cubana".[7]

Rápidamente, el plan ganó fuelle, transformándose en una prioridad de la política cultural cubana. Con la ayuda de una asistente dedicada exclusivamente a gestionar las invitaciones desde París –la esposa del pintor Jorge Camacho, Margarita–, Lam correspondió con decenas de colegas, incitándolos a participar en el salón.[8] Pablo Picasso, aunque prefería no desplazarse, acepta enviar una de sus obras. Lo mismo hacen otras destacadas figuras del arte: Alexander Calder, Antoni Tàpies, Joan Miró. A pesar de la ausencia física de estos últimos,[9] no hay duda de que el salón habanero fue un éxito y que la presencia cultural francesa, ampliamente mayoritaria, contribuyó largamente a este resultado: dentro de los delegados galos, figuraban escritores de renombre como Marguerite Duras y Pierre Guyotat; artistas transgeneracionales como Édouard Pignon, Paul Rebeyrolle, César Baldaccini, Bernard Rancillac; intelectuales ligados al surrealismo como Michel Leiris, Alain Jouffroy, Jean Schuster, Michel Zimbacca, José Pierre

7 Wifredo Lam a Carlos Franqui, París, 1 de mayo de 1966, Archivos Wifredo Lam (AWL).

8 Entrevista del autor con Margarita Camacho, París, 11 de diciembre de 2023.

9 Otra ausencia significativa fue la del pintor belga Pierre Alechinsky, quien inicialmente había aceptado la invitación, pero luego la rechazó debido a sus discrepancias con la Revolución cubana con respecto al conflicto entre Israel y el mundo árabe, reavivado con la guerra de los Seis Días. Michy Alechinsky a Wifredo Lam, 19 de junio de 1967, AWL.

y Georges Limbour.[10] Si bien el gobierno cubano ofreció las condiciones materiales para que el salón pudiera realizarse en La Habana (financiando los pasajes, las estadías y los gastos cotidianos de los invitados),[11] el impacto que este evento tuvo no habría sido tal sin la participación esmerada de Lam y Franqui, mediadores claves entre la Cuba revolucionaria y el medio cultural francés. Tan grande fue la inversión de tiempo y energía que Lam se quejaba, sin duda con exageración, que su implicación en la organización le había causado un problema financiero: "Todo lo que significa mis actividades materiales económicas serán paralizadas", lo que "me produce un desequilibrio grande".[12]

El resultado de sus esfuerzos fue que la intelectualidad mundial comprobó con asombro que la Revolución cubana era capaz de organizar un evento de la importancia del Salón de Mayo. Más importante aún, muchos quisieron ver en la Cuba de Castro la encarnación de una experiencia política radical que –contrariamente a sus precedentes soviético o chino– acogía en su seno las más diversas corrientes del arte universal, incluidas las tendencias más vanguardistas y controvertidas de la pintura moderna. El contraste con el riguroso "realismo socialista" implementado por el Kremlin desde los años treinta constituía la prueba de que el proyecto castrista se estaba erigiendo en una revolución única, en la que socialismo y libertad de creación irían de la mano. El único paralelo concomitante que los intelectuales franceses, en particular los surrealistas, identificaban fue el breve y efímero "socialismo con rostro humano" checoslovaco, aunque en agosto de 1968 los tanques soviéticos se encargaron de aniquilar esta esperanza (Duwa 2008). Ya volveremos a este tema.

10 Desde sus inicios en la década del veinte, el movimiento surrealista dirigido por Breton, lejos de limitarse a una mera voluntad de renovación estética, adquirió una profunda dimensión política, marcadamente anticolonialista y antiimperialista (Leclercq 2010).

11 Vale la pena señalar que las profusiones de los organizadores cubanos con sus invitados irritaron a más de un habitante de La Habana, que veía a los delegados extranjeros emborracharse en los bares del Vedado mientras la población sufría crecientes dificultades para cerrar el mes. Así lo recuerda el escritor cubano Eduardo Manet: "Los invitados estaban alojados en el Hotel Habana Libre, y todo era gratis, incluidas las bebidas. A mediodía, ya todos los franceses estaban completamente borrachos. Les traían comida, que desfilaba delante del pueblo cubano, mientras que, en aquel momento, en Cuba, casi no había nada. Recuerdo que alguien dijo: 'Habría que fusilar a esta gente. ¡Toda esta comida para los extranjeros, mientras nosotros no tenemos nada que comer!'" (Entrevista del autor con Eduardo Manet, París, 21 de septiembre de 2023).

12 Wifredo Lam a Carlos Franqui, Falun, 26 de marzo de 1967, AWL.

Numerosos fueron los invitados franceses que dejaron un testimonio de su estadía en Cuba. Durante un tiempo, el tono de estos relatos fue mayoritariamente positivo. Además del entusiasmo por el proyecto revolucionario que presenciaban, la sensación de bienestar y de hospitalidad se vio favorecida por la labor mediadora de los tres artistas cubanos radicados en Francia que acompañaron la delegación: el escultor Agustín Cárdenas y los pintores Wifredo Lam y Jorge Camacho. Su bilingüismo y su acabado conocimiento de las realidades francesa y cubana les permitieron, de distintas maneras, facilitar la estadía de sus amigos franceses, en ocasiones actuando como traductores e incluso como guías turísticos. Margarita, viuda de Jorge Camacho, recuerda que, gracias a su marido, la pareja organizó un largo viaje a Viñales junto a Marguerite Duras y Michel Zimbacca.[13] Del mismo modo, Michel Leiris –entre muchos otros–, un hombre inseguro y taciturno de 66 años, pudo aventurarse más allá de La Habana gracias a la compañía de su amigo Wifredo Lam, a quien había conocido en 1938.

Junto con Leiris, los escritores Dionys Mascolo y Alain Jouffroy figuran entre los más entusiastas. El Salón de Mayo reforzó considerablemente su fidelidad militante con respecto a la experiencia castrista y no dudó en expresarlo públicamente, mediante publicaciones u otras iniciativas. Amigo de los pintores latinoamericanos Wifredo Lam y Roberto Matta, ambos estrechamente ligados a Cuba (Caro Troncoso 2023), Jouffroy ya había sido invitado por las autoridades cubanas para asistir a la fiesta nacional del país en julio 1963. Cuando Lam vuelve a contactarlo para proponerle integrar la delegación al salón, el poeta accede sin pensarlo dos veces. Los archivos de Jouffroy contienen el borrador de un discurso que el francés improvisó en la ciudad de Camagüey, en el centro de la isla, en el cual reitera el convencimiento de que Cuba ha demostrado que la "revolución política y la revolución estética e intelectual, lejos de ser incompatibles, se complementan y necesitan una a otra". El Salón de Mayo cubano constituye, a sus ojos, "la forma revolucionaria del encuentro entre poesía y política", marcando una ruptura de la instrumentalización cultural propia del fascismo y del nazismo, pero también, precisa Jouffroy, del estalinismo.[14] En cuanto a Dionys Mascolo, el célebre ensayista promovió la publicación de una declaración colectiva para agradecer "la incomparable generosidad"

13 Entrevista del autor con Margarita Camacho, París, 11 de diciembre de 2023.

14 Archives de l'Institut Mémoires de l'Édition Contemporaine, Caen, Francia (IMEC), Fondo Alain Jouffroy, JFY 61.1.

del gobierno revolucionario y alabar los esfuerzos de Cuba en vistas de evitar caer "en los peligros internos que ha logrado, a menudo en pasado, desviar el ímpetu revolucionario, amenazando la revolución", una clara alusión a las derivas soviéticas.[15]

Así, convencidos de que el salón –evento que había hecho posible la convocatoria en suelo cubano de una camada heterogénea de artistas no provenientes de países del bloque socialista– reflejaba el afán de La Habana por brindar al mundo un modelo inédito de revolución compatible con la libertad de creación y de pensamiento, Leiris, Jouffroy y Mascolo adquirieron nuevos compromisos con el gobierno cubano para fomentar el respaldo de la intelectualidad francesa a Fidel Castro. En agosto de 1967, mientras se desarrollaba la exposición, los dirigentes cubanos concebían un proyecto ambicioso: la organización de un gran congreso cultural que reuniría en La Habana a un multitudinario conjunto de representantes de las artes y las ciencias de todo el mundo, con especial énfasis en los países de Europa occidental. El plazo fijado para ese evento, inaugurado el 4 de enero de 1968, exigía una organización urgente y sostenida, para lo cual los cubanos solicitaron la diligencia de, entre otros, este trío de franceses. La misión encomendada a Leiris, Jouffroy y Mascolo –en la que dedicaron una parte significativa de su trabajo en los meses posteriores al Salón de Mayo– consistía en elaborar listas de posibles invitados al congreso, para luego contactarlos y persuadirlos de viajar a la isla.

Utilizando sus amplias redes en el medio cultural parisino, estos tres mediadores contribuyeron generosamente a alcanzar un resultado espectacular: en efecto, los cerca de 80 delegados franceses que asistieron al Congreso Cultural de La Habana (CCH) en enero de 1968 constituían, con diferencia, la delegación más numerosa –incluso los cubanos, con 64 representantes, eran menos–. Además de los franceses, destacaban también las presencias latinoamericanas y europeo-occidentales –México, 24 delegados; Argentina, diez; Inglaterra, 22; España, 27; Italia, 25–, lo que evidenciaba, por cierto, el éxito de la misión de los mediadores franceses ya mencionados y, sobre todo, la creciente importancia que la Revolución cubana otorgaba a la solidaridad de los intelectuales de Europa occidental. El contraste con los escasos nueve delegados soviéticos refuerza esta idea.[16]

15 IMEC, Fondo Dionys Mascolo, 155 MSC 7.4.

16 "Liste officielle des participants au Congrès culturel de La Havane", CAMAE, Fondo Cuba 1964-1970.

Aunque la resonancia del CCH –que se proponía examinar los problemas del "colonialismo y el neocolonialismo en el desarrollo cultural de los pueblos"– se diluyó con el tiempo, la organización en Cuba de un encuentro internacional con cerca de quinientos delegados del mundo entero fue percibida como un éxito que reflejaba las ambiciones de La Habana en un periodo crucial de la guerra fría global. Al abrir sus puertas a los medios culturales e intelectuales tanto de la Europa occidental como del "tercer mundo", la Cuba de Fidel Castro hacía muestra de una creciente voluntad de distanciarse de la lógica binaria de la guerra fría, objetivo para el cual, como le hemos dicho, un acercamiento con Francia resultaba funcional (Pedemonte 2024).

Resulta interesante observar que, entre los invitados franceses, se encontraban nombres relevantes de la izquierda "tercermundista" y antisoviética –de la así llamada "nueva izquierda":[17] Gisèle Halimi, Alain Geismar, André Gorz, Pierre Naville, Daniel Guérin, Yves Lacoste, Charles Malamoud, Max-Pol Fouchet, etcétera–, mientras que los comunistas ortodoxos brillaban por su relativa ausencia. De los escasos miembros del PCF que fueron convidados, como Jean-Pierre Vigier, Jean Pronteau y Didier Dacunha-Castelle, todos eran parte de la disidencia interna. De hecho, no tardarían en ser descartados del partido –Vigier en 1968; Pronteau en 1970; Dacunha-Castelle abandonaría el PCF en los setenta–.

Constatamos, sin embargo, que la presencia masiva de intelectuales franceses en el CCH ha dado asidero a una cierta exageración de la presunta unanimidad del espacio cultural galo en torno a la Revolución cubana (Verdès-Leroux 1989; Hourmant 2000). No cabe duda de que Jouffroy, Mascolo y, sobre todo, Leiris lograron sumar a muchos de sus colegas a la aventura del CCH, pero sus propios esfuerzos mediadores también ilustran los límites de sus ambiciones. Estas eran grandes: en la lista de Jouffroy figuraban nombres como el "padre" de la nueva novela, Alain Robbe-Grillet, el gran dramaturgo y futuro premio Nobel Samuel Beckett, y el escritor de origen belga Henri Michaux, ninguno de los cuales terminó formando

17 Entendemos por "nueva izquierda" una categoría que abarca una tendencia política dispar, pero que encuentra cierta coherencia en la aversión común hacia la política exterior estadounidense, el rechazo a los partidos de izquierda tradicionales y las críticas al "imperialismo" del Kremlin, cuyo prestigio revolucionario se había visto mancillado por los crímenes de Stalin y las intervenciones en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968). La nueva izquierda reunía una comunidad ideológica que se cristalizó a fines de la década del cincuenta, con el advenimiento de las "revoluciones coloniales" y las crisis sucesivas a las que tuvo que hacer frente la izquierda tradicional.

parte de la delegación.[18] Los apuntes de Leiris confirman que el etnólogo intentó, sin éxito, atraer a lo más granado de la intelectualidad progresista francesa (Jacques Lacan, Nathalie Sarraute, Michel Foucault, Roland Barthes, Jacques Derrida, Alain Resnais, Louis Althusser, Raymond Queneau, etcétera). En cuanto al fundador del estructuralismo, Claude Lévi-Strauss, este responde sin rodeos: "Ya sabe usted la repugnancia que me inspiran los congresos, incluso cuando tienen un interés científico, lo que no parece ser el caso de este".[19] Mejor le fue con el martiniqués Aimé Césaire, a quien Leiris convenció de viajar a La Habana a pesar de las reticencias iniciales del fundador de la *négritude*, menos radical que Fidel Castro a la hora de cuestionar el estatus de los territorios franceses de ultramar. "Fidel Castro no es un loco y comprenderá muy bien que las condiciones de Martinica no son las de Cuba", razonaba Leiris, después de haber esbozado un retrato idílico de la Revolución cubana y de su líder, con quien pudo intercambiar unas palabras: "El hombre más amable del mundo". Con un tono ligeramente amenazante, el etnólogo desenfunda su último argumento: "Pienso, te lo digo francamente, que un rechazo de tu parte, sea cual sea la razón, sería claramente interpretado y percibido como un 'no' a Cuba".[20] Convencido, Césaire integrará finalmente la delegación al CCH, aunque el viaje a Cuba no logró despejar todas sus dudas (Frost y Lefevre Tavárez 2020).

Con sus luces y sombras, el CCH fue un éxito indudable, aunque efímero. El solo hecho de que un coloquio que aglomeró una asistencia ideológicamente diversa haya tenido lugar en La Habana fortalecía la imagen de la revolución. Muchos querían ver en ella un proyecto inédito, auténticamente transformador y compatible con la libertad de pensamiento, mientras que la amplia concurrencia reforzaba las redes emergentes de solidaridad en Europa occidental. Por otra parte, el congreso habanero brindó un curioso escenario de confrontación entre dos izquierdas: una nueva izquierda inclinada hacia los combates del "tercer mundo" y crítica del modelo burocratizado de la URSS, y el comunismo ortodoxo que aún no había marcado distancia con las atrocidades del pasado estalinista. Al

18 Alain Jouffroy a Carlos Franqui, París, 10 de noviembre de 1967, IMEC, Fondo Alain Jouffroy, JFY 61.1.

19 Claude Lévi-Strauss a Michel Leiris, 24 de agosto de 1967, Bibliothèque Claude Lévi-Strauss, Collège de France, París (en adelante: BCLS), Fondo Michel Leiris, expediente Cuba, B.S04.07.01 (049).

20 Michel Leiris a Aimé Césaire, París, 5 de septiembre de 1967, BCLS, Fondo Michel Leiris, expediente Cuba, FML B. S04.07.01 (051).

enterarse de la presencia en La Habana del pintor mexicano David Alfaro Siqueiros, Leiris y Mascolo tomaron la pluma para escribir al ministro de Educación de Cuba, José Llanusa, y "deplorar la presencia del hombre que intentó [que] asesinaran a León Trotski". Si Siqueiros llegara a tomar la palabra, advertían, eso "nos obligaría a quitar la sala".[21] Otra escena curiosa fue inmortalizada por la poeta de origen egipcio Joyce Mansour, quien, de común acuerdo con sus amigos surrealistas antiestalinianos, asestó una sonora patada en el trasero de Siqueiros. "De parte de André Breton", profirió la escritora, seguida de los gritos: "Cuba sí, Siqueiros no".[22]

Si bien la propia administración cubana estaba fracturada por estas dos corrientes del socialismo, la mayor parte de los franceses presentes en el CCH estaban convencidos de que Fidel Castro se inclinaba por el modelo democrático, alejándose del referente soviético. Otro delegado francés, el indianista Charles Malamoud, confiesa haber creído que "la vía cubana era una vía original, independiente, y que la revolución mundial, por así decirlo, cobraba un nuevo impulso. Evidentemente, lo que me llamaba la atención era el distanciamiento con respecto a la URSS".[23] Esta convicción impulsó a los franceses a idear, de regreso a París, una serie de iniciativas para difundir los esfuerzos de La Habana por renovar los principios revolucionarios. El propio Malamoud participó, junto a algunos colegas presentes en La Habana (Christiane Rochefort, André Gorz, Alain Geismar, Georges Waysand, Jean-Pierre Vigier), en dos coloquios destinados a presentar sus conclusiones del CCH.[24] Michel Leiris regresó a su país tan animado que se entregó en cuerpo y alma a la creación de un ambicioso proyecto asociativo de apoyo a la isla: la Asociación de Amigos de la Revolución Cubana.[25] De la misma manera, un grupo de universitarios radicados en Francia (Marie Duflo, Mario Luzzati, René Heller, Yves Lacoste, etcétera) lograron poner rápidamente en pie un importante organismo de intercambio académico: el Comité de Enlace Científico y Universitario Franco-Cubano, dirigido por Didier Dacunha-Castelle desde marzo

21 Michel Leiris y Dionys Mascolo al Ministro de Educación de Cuba, La Habana, 7 de enero de 1968, BCLS, Fondo Michel Leiris, expediente Cuba, B.S04.07.02(010).

22 "Récit de l'épisode Siquieros /Joyce Mansour à Cuba", IMEC, Fondo Jean Schuster.

23 Entrevista del autor con Charles Malamoud, París, 14 de noviembre de 2022.

24 Thomas Neuner a André Gorz, 29 de agosto de 2007, IMEC, Fondo "André Gorz", GRZ 39.4 (1265).

25 Michel Leiris, "Association internationale des Amis de la révolution cubaine", BCLS, Fondo Michel Leiris, expediente Cuba, B.S04.07.02(010).

1968. Además de enviar materiales pedagógicos a Cuba y editar un boletín noticioso, el comité organizó durante cerca de una década más de dos centenares de cursos de verano intensivos destinados a los estudiantes de la isla –las llamadas "escuelas de verano"–, para lo cual los profesores franceses dictaban clases gratuitamente durante un mes a los alumnos caribeños (Pedemonte 2023). La activación inmediata de ambas iniciativas ilustra el peso de los mediadores –en este caso, Leiris y Dacunha-Castelle, quienes, apenas arribados a Francia, encabezaron proyectos de solidaridad con Cuba– en la conformación de redes de solidaridad y en la difusión de una imagen favorable de la Revolución cubana.

Sin embargo, pocos meses después, la propia administración castrista se encargaría de disipar muchas de las esperanzas suscitadas al respaldar, en agosto de 1968, la intervención soviética en Checoslovaquia. Para parte de la nueva izquierda, la experiencia cubana presentaba múltiples similitudes con el proyecto de "socialismo con rostro humano" liderado por el PC checoslovaco de Alexander Dubček, y pocos concebían que Castro pudiera alinearse con Moscú en contra de un país que, en su percepción, enfrentaba dilemas similares a los de Cuba. Así, cuando el 23 de agosto de 1968 Fidel Castro compareció públicamente para decir que "resultaba imprescindible impedir a toda costa, de una forma u otra", que Praga marchara "hacia una situación contrarrevolucionaria" (Castro 1968), el impacto fue para muchos fatal. Los franceses que habían asistido con ilusión al Salón de Mayo y al CCH se enteraron, desconcertados, de la postura oficial de La Habana y no tardaron en manifestar su decepción. Dionys Mascolo, quien tanto había hecho por transmitir una imagen favorable de la revolución, firmó, junto con Marguerite Duras y Jean Schuster, una "carta abierta" al PC cubano para condenar una posición que solo contribuiría a "debilitar la Revolución [cubana] en todo el mundo" (Duwa 2008, 85). El belga Luc de Heusch, presente en La Habana en enero de 1968, resume con contundencia el sentimiento que, según él, se apoderó de los exdelegados francófonos al CCH: "Adiós, revolución. La herejía sofocada por los herederos de Stalin" (De Heusch 1998, 139). En cuanto a la Asociación de Amigos impulsada por Leiris, esta quedó definitivamente desmantelada tras la crisis checoslovaca, mientras que el comité de Dacunha-Castelle logró resistir por unos años –aunque no fueron pocos los miembros que abandonaron el

barco, incapaces de seguir respaldando a un país que, ante la invasión del Pacto de Varsovia, se alineaba con los agresores–.[26]

Vemos cómo el frenético año 1968 fue, para estos mediadores cubano-franceses, un periodo bisagra: primero se forjaron redes y alianzas transnacionales, que luego se desarticularon, alejando a la isla de sus colaboradores franceses, mientras el régimen de Castro estrechaba sus lazos con la URSS.

Referencias bibliográficas

Ammar, Alain. 2011. *Sartre. Passions cubaines*. Paris: Laffont.

Arnod, Cléo. 2022. "Ici est le seul endroit… Wifredo Lam et Paris". *Homme & Migrations* 3, n.º 1338: 101-107.

Brown, Jonathan. 2017. *Cuba's Revolutionary World*. Cambridge: Harvard University Press.

Caro Troncoso, Paulina. 2023. "Surrealism and the Cuban Revolution: Roberto Matta's Works in 1960s Cuba". *Journal of Surrealism and the Americas* 14, n.º 1: 27-41.

Carteles. 1954. "El retorno de Wifredo Lam", n.º 50: 93-98.

Castro, Fidel. 1968. "El planteamiento cubano frente a la crisis checoslovaca". *Punto Final* 63.

Catuhe, Alexis. 2021. *La télévision gaulliste et la révolution cubaine (1959-1969)*. Paris: Éditions du Félin.

Compagnon, Olivier. 2009. "L'Euro-Amérique en question". *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* s.n.: s.p. https://doi.org/10.4000/nuevomundo.54783.

De Heusch, Luc. 1998. *Mémoire, mon beau navire*. Paris: Actes Sud.

Duwa, Jérôme. 2008. *1968, année surréaliste: Cuba, Prague, Paris*. Paris: Institut Mémoires de l'édition contemporaine.

Ehrhardt, Damien. 2017. "Après l'élargissement des transferts culturels: les transfer studies comme renouvellement des études aréales". *Diogène* 258-260: 209-220.

Espagne, Michel. 1999. *Les transferts culturels franco-allemands*. Paris: Presses Universitaires de France.

Franqui, Carlos. 2006. *Cuba, la revolución, ¿mito o realidad? Memorias de un fantasma socialista*. Barcelona: Península.

Frost, Jacqueline y Jorge Lefevre Tavárez. 2020. "Tragedy of the Possible: Aimé Césaire in Cuba, 1968". *Historical Materialism* 28, n.º 2: 25-75.

26 Entrevistas del autor con Didier Dacunha-Castelle, 25 de noviembre de 2020 (virtual) y 26 de septiembre de 2021, Palaiseau. Ver también: Bernard Coqblin, "A propos de Cuba", Poitiers, Francia, CRLA-Archivos, Fondo Didier Dacunha-Castelle, DDC-A-A3-003.

Gleijeses, Piero. 2002. *Conflicting Missions: Havana, Washington, and Africa, 1959-1976*. Chapel Hill: University of North Carolina Press.

Hennessy, Alistair y George Lambie, eds. 1993. *The Fractured Blockade: West European-Cuban Relations During the Revolution*. London: Macmillan.

Hewitt, Nicholas. 2007. "Images of Cuba in France in the 1960s: Sartre's 'Ouragan sur le sucre'". *Sartre Studies International* 13, n.º 1: 62-73.

Hollander, Paul. 1990. *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China, and Cuba, 1928-1978*. Lanham: University Press of America.

Hourmant, François. 2000. *Au pays de l'avenir radieux. Voyages des intellectuels français en URSS, à Cuba et en Chine populaire*. Paris: Aubier.

Lagonotte, Claire. 2007. "L'URSS et Cuba, 1959-1972. Des relations opportunistes et conflictuelles". *Outre-mers. Revue d'histoire* 95, n.º 354-355: 23-36.

Leclercq, Sophie. 2010. *La rançon du colonialisme: les surréalistes face aux mythes de la France coloniale, 1919-1962*. Dijon: Presse du réel.

Nuez, Iván de la. 2006. *Fantasía roja: los intelectuales de izquierdas y la revolución cubana*. Barcelona: Debate.

Parrott, Joseph y Mark Atwood Lawrence, eds. 2022. *The Tricontinental Revolution: Third World Radicalism and the Cold War*. Cambridge: Cambridge University Press.

Pedemonte, Rafael. 2023. "Les rapports fluctuants entre la Nouvelle Gauche française et la Révolution cubaine: le Comité de liaison franco-cubain face à l'affaire Padilla (1971)". *Cahiers des Amériques Latines* 102: s.p. https://doi.org/10.4000/cal.17566.

Pedemonte, Rafael. 2024. "Le Congrès culturel de La Havane (1968): point de bascule de l'engagement français envers la révolution cubaine". *Revue Internationale des Études du Développement* 256: 265-286. https://doi.org/10.4000/131ln.

Rojas, Rafael. 2015. *Fighting over Fidel: The New York Intellectuals and the Cuban Revolution*. Princeton: Princeton University Press.

Verdès-Leroux, Jeannine. 1989. *La Lune et le Caudillo: le rêve des intellectuels et le régime cubain, 1959-1971*. Paris: L'Arpenteur.

Winock, Michel. 2014. *Le siècle des intellectuels*. Paris: Points.